

---

## Capítulo L.

---

Continuación del anterior.

Tres años de matrimonio llevaban doña Luz Ar-mengol y don Mendo de Garay, y ni la más-pequeña disension, el más leve disgusto habia turbado la apacible tranquilidad que reinaba en la morada de los cónyuges.

Una nube, sin embargo, oscurecia su frente.

El cielo no les habia concedido sucesion.

Para dos esposos que se aman entrañablemente, que cuentan con inmensas riquezas, que recuerdan las palabras del sacerdote al bendecir su union, que adivinan los goces supremos, emanacion divina del Creador; goces, repetimos, que experimentarían al contemplar el fruto de su cariño, si el cielo no les concede esta dicha sufre en silencio, y cuando el

tiempo ha empezado á convertir el amor-pasion en amor-sentimiento arrostran con melancólica resignacion la vida, como el viajero que despues de caminar dias y dias, y cuando cree hallarse próximo al término de su viaje, vé con pena que el terreno recorrido no le acerca ni con mucho al sitio donde se proponia llegar, decaen sus fuerzas y casi desespera de realizar su objeto.

En esta situacion se hallaban don Mendo y doña Luz, cuando una mañana, despues de oír misa, como tenian de costumbre todos los dias, y de pedir á Dios que oyese sus oraciones, dijo doña Luz á su esposo:

—Mendo, compañero querido, no quisiera engañarme, pero creo que la Providencia santísima ha cido nuestros ruegos, que se ha apiadado de nosotros, que tal vez la alegría brille de nuevo en esta casa; pero con más esplendor, con más fuerza que ántes.

—¿Qué dices, bien mio?—preguntó don Mendo, adivinando lo que querian indicar las palabras de su esposa, pero no atreviéndose á dar crédito á tanta ventura.

Doña Luz, con esa alegría suprema que siente la mujer que vá á ser madre, con ese rubor pintado en el semblante enrojecido por la revelacion que iba á hacer, con esa grandeza sublime que se apodera del alma de la esposa que siente en sus entrañas un nuevo sér, le dijo:

—Sí, Mendo mio, sí; desde hace algunos dias noto en mi ser un cambio, que parece he pasado á otra vida llena de dulzura; en sueños, aconsejada sin duda



por la esperanza, veía, adivinaba, que se acercaba este instante. La imaginación me presentaba á todas horas un hermoso niño, acariciándome con sus manecitas, fijando en mí sus ojos infantiles, y yo te veía á nuestro lado extasiado, observando sus menores movimientos y haciéndome á mí en aquellos instantes la más venturosa de las mujeres.

Pues bien, dueño mío; yo creo que ese sueño se realizará pronto, y he dicho en mis oraciones á la Virgen Madre de Dios que le ofreceré al hijo de mi corazón, para que si le cree digno le admita en su seno y le inspire el amor que yo siendo hácia la Madre del Redentor del mundo.

Don Mendo escuchaba con religioso silencio á su esposa.

La revelación que acababa de hacerle llenaba todo su ser.

Aquellos de nuestros lectores que no hayan tenido hijos no podrán comprender la emoción que experimentaba en aquellos momentos.

El amor paternal es un sentimiento que absorbe toda la vida.

El que le experimenta, siente al mismo tiempo que una dicha inexplicable el temer de si se malograrán sus ensueños.

La imaginación le presenta con vivos colores, al par que las venturas que le aguardan, los temores, los peligros, los sobresaltos que ocasionan esas mil crisis que tiene que atravesar el niño hasta llegar á la pubertad.

Ese cariño innato del padre hácia su hijo, le hace creer en algunos momentos que llegará á ese período, y entonces se preocupa de nuevo al pensar en su porvenir.

Sólo así se explica que después de oír la confesión de doña Luz quedase un instante pensativo, hasta que reposando la dicha que inundaba su alma, vertiendo lágrimas de ternura:

—¡Bendita seas, Luz mía, que tan feliz me haces!—exclamó, imprimiendo un cariñoso ósculo en la frente de su esposa.

Esta, separándose con alegría infantil de su esposo, se dirigió á su habitación, pasando horas y horas en esos mil proyectos que forman las madres respecto al fruto de su cariño:

Ocho meses habrían pasado desde la conversación á que han asistido nuestros lectores, cuando se agolpaban á la puerta de casa de don Mendo los vecinos del pueblo y se oían exclamaciones como las siguientes:

—¡Dios le bendiga! ¡Jesús qué niño tan hermoso!

—¡Vamos, si parece que ya está medio criado!

—No, y lo que es sus padres bien le merecen. Don Mendo es sin duda la Providencia del pueblo.

—Bien decía el señor cura, que Dios oíría sus súplicas.

—La señora está llena de alegría, y ha ofrecido para el día que salga á misa dar una comida á los pobres y regalar sayas de estameña á doce niñas huérfanas.



—¡Bien hayan los que en la tierra emplean sus riquezas en el alivio de sus semejantes!

A estas exclamaciones que indicaban la parte de ventura que todos tomaban en la de sus bienhechores, sucedió un murmullo que demostraba las pocas simpatías que inspiraba un nuevo personaje que se acercaba á la casa.

—¡La gitana!—dijeron todos.

Y santiguándose y pronunciando mil veces la palabra; Jesús! se alejaron, en tanto que aquella penetraba en la casa del recién nacido.

Habia en el pueblo la creencia de que Clavellina, que así se llamaba la gitana, era bruja, que hacia mal de ojo á los niños, y que ni los auxilios de la ciencia, ni las oraciones de los sacerdotes, podian conjurar los perniciosos efectos que sus malignos agüeros producen en aquellos recién nacidos en quienes se fijaba.

La tradicion se conservaba de padres á hijos, y aseguraban que los antecesores de la familia de Clavellina ocupaban unas cuevas á la entrada del pueblo, desde las cuales asestaban sus hechizos, especialmente sobre los niños de las familias opulentas.

Aseguraban tambien que sólo la gitana que hacia mal de ojo era la que podia destruir sus perniciosos efectos, y esta era la razon de que cuando llegaba un caso de estos la agasajaban, la colmaban de regalos y no daban parte al Santo Oficio, proponiéndose, por el contrario, captarse sus simpatías para que ella atajase los pogramos de los males que ocasionaban.

La gitana, como hemos dicho, penetró en la es-





HERNAN CORTÉS.—Una satánica sonrisa brilló en los labios de la gitana.

tancia, y saludando con esa zalamería propia de las de su raza á don Mendo, le indicó su deseo de ver al niño.

El esposo de doña Luz, que en cien combates no habia vuelto la espalda al enemigo, tembló y no se atrevió á oponerse á los deseos de Clavellina.

Al levantar las colgaduras que guardaban la habitación en donde se hallaban madre é hijo, una satánica sonrisa brilló en los labios de la gitana.

Doña Luz instintivamente estrechó á su hijo en sus brazos, y al ver á la gitana en sudor frío se extendió por todo su cuerpo, perdiendo á poco tiempo el sentido.

Quería hacer la cruz, y sus manos crispadas le impedían realizarlo.

Como era natural, al volver en sí su primer pensamiento fué su hijo, y al contemplarle dejó escapar un grito desgarrador.

El pobre niño parecia un cadáver.

De cuando en cuando profería lastimeros quejidos, y con sus manecitas parecia querer apartar de su lado algo que le mortificaba.

Unas veces se ponía tan encendido que parecia iba á darle una congestion.

Otras, por el contrario, quedaba densamente pálido, y hasta se notaba rigidez en sus facciones.

Don Mendo habia acudido á los gritos de su esposa, y un pensamieto siniestro se apoderó de su mente al contemplar el estado lamentable en que se hallaba Francisco.



Para él no había duda: la gitana había embrujado á su hijo.

Su cariño paternal le aconsejaba buscar á la gitana y hundir un puñal en su pecho.

Pero su conciencia de caballero y de cristiano le prohibían teñir sus manos con la sangre de una miserable.

Abatido, anonadado por el dolor, y no queriendo que su esposa se apercibiese de él, abandonó la estancia, no sin tranquilizar antes á doña Luz, aunque su semblante desmentía lo que decían sus labios.

Ardiendo en ira, frenético, fuera de sí, se disponía á salir de su casa para castigar á la bruja causa de sus desventuras, cuando se presentó don Félix Rodrigañez, uno de sus vecinos, el cual, despues de la relación que le hizo don Mendo:

—Tranquilizaos,—exclamó:—yo os aseguro que dentro de una hora, ó poco he de poder, ó vuestro hijo estará salvado.

»Conozco las tretas de Clavellina, tiene algunas cuentas pendientes con mi hermano don Baltasar, el inquisidor de esta diócesis, y si no está mal con su pellejo destruirá la farsa que tan mal rato os ha dado.

»Esa embaucadora está explotando la credulidad de todos, y es preciso que esto acabe.

»Acudid á consolar á vuestra esposa, y aseguraad que pronto estará el niño completamente bueno.

»Entre tanto, yo voy á buscar á la gitana, y no lo dudeis, dejándome á mí obrar, no volverá á ejercer sus malas artes en esta comarca.

Y sin darle tiempo á que contestara, se dirigió Rodrigañez á casa de Clavellina, dejando á don Mendo en un mar de dudas, á pesar de las seguridades que le había dado respecto al restablecimiento de Francisco, porque el valiente capitán de los tercios de Flandes participaba de las preocupaciones de su época.

¿Cómo, dirán nuestros lectores, no participaba también de ellas don Félix Rodrigañez?

Van á saberlo en el capítulo siguiente.